

ojos... ¡No! ¡De ninguna manera! *Moviendo la cabeza.* Y como es imposible seguir el procedimiento de los turcos pues... no tiene remedio... ¡hay que permanecer soltero!

E.—*Amenazándole con el abanico.* ¡Depravado!

L.—¿Qué? ¿No piensa lo mismo que yo por lo que se refiere á los hombres?

E.—¿Yo?...

L.—Sí, usted. ¿No quedamos en que somos de las mismas ideas? A usted tampoco le habría de gustar la uniformidad... unos mismos ojos...

E.—*Golpeando con el pie en el suelo.* Lozano... Lozano...

L.—*Ric.* Deme usted la razón, Elena. Confiese usted que la humanidad es muy desgraciada desde que se metió á escrupulosa. No parece sino que la civilización ha venido á descomponernos las oraciones. Imagine usted los idilios trogloditas, las mujeres pasionales de las cavernas... ¡Oh! Sería cosa de verse cómo se amaban nuestros salvajes y dichosos bisabuelos. ¡Qué ímpetu!

E.—Sí... ¡Y qué desvengüenza la de usted!

L.—Hay que distinguir, Elena. Yo soy de ideas radicales, de ideas nuevas. Usted comprende que se puede profesar una teoría moderna sobre el amor y ser persona decente? Aquí tiene usted un caso vivito, palpitante...

E.—¿Y usted comprende también que se puede ser un furibundo revolucionario en ideas un troglodita civilizado y tener corazón, un corazón para las pobrecitas mujeres?

L.—No, el corazón, todo, para toda la vida, no, decididamente no.

E.—¿Quiere decir que está usted resuelto á no someterse al yugo?...

L.—*Con un gran gesto.* ¡Resuelto! ¿Y usted?

E.—*Imitando cómicamente el gesto de Lozano.* ¡También!

*Lozano se levanta y se dirige al balcón. Pausa. Elena se queda pensativa abriendo y cerrando el abanico muy lentamente. Se oye música.*

L.—¡Qué hermosa noche!

E.—*Levantándose y yendo á apoyarse en la barandilla.* ¡Muy hermosa! *Con un suspiro.*

L.—Es esta noche de aquellas que temen las madres y los maridos.

E.—¿Por qué? *Fingiendo ignorancia.*

L.—Porque invita al amor. *Acercándose á ella.* ¿No siente usted lo tibio del ambiente? ¿No percibe usted el aroma de los jazmines (*señalando*) que blanquean allá... allí?... ¿Ve usted en aquella enramada? Debe existir debajo un banco propicio á las palabras que se dicen muy cerca, á las confidencias á media voz, á la muda opresión de dos manos que se juntan... Y luego las estrellas que parecen constituirse en tácitos cómplices de todos los enamorados... Usted, Elena, ¿no querría encontrarse allí, olvidada de todo, para no pensar más que en el ser querido, en el dueño de ese corazón, muy quietecita, muy pálida, por miedo de tanta felicidad?...

E.—¡Lozano! *Desconcertada.*

L.—Desde allí debe apenas oirse la música de los violines. Sería como el lejano arrullo que glosara las frases entrecortadas, que dijera lo que los labios trémulos no alcanzan á pronunciar... ¿No querría usted?...

E.—Según... ¿y usted?

L.—¡Tal vez!

*Se quedan mirando á los ojos fijamente durante un momento.*

L.—Vamos, ¿cómo explica usted ese «según»?

E.—Digo... según de quien se tratara. Si usted habla del hombre á quien yo quisiera con todas mis ansias, con todo mi corazón, del que espero impacientemente desde hace tantos años y no viene, del que ame á mi sola, durante toda la